

faenas de la tierra. Tiene color de hoja seca y sus reediciones han ido rodando a lo largo de los lustros, como esos libros que nos ayudan a ser felices. Titúlase «Lunario y pronóstico perpetuo, general y particular».

Por lo que hace falta a la estampa que el tal Jerónimo Cortés, por el oráculo del sabio moro Abencenit, nos trata de noviembre, es de notar, sí, su sabor virgiliano tanto como su acento sibilino.

«Caerán las primeras nieves...» Mas, ¿a qué esforzarnos por la exactitud del pronóstico? ¿No es más amable siempre lo futuro envuelto en su vaga contingencia? ¿No es sabia la Providencia al negarnos la clara visión del porvenir? Dejaremos,

habla popular la más concreta imagen del invierno que se avecina.

Entre sus brumas primerizas llegará una noche el hada blanca de los cielos yertos y extenderá sus gasas sobre las solitarias cumbres. En los países norteños, las piaras de vacas y ovejas que majadean entre los serrijones de los montes, comenzarán a descender, ante la invasión de la nieve, hacia los valles abrigados. Las torres se pondrán un día su capucha blanca, y los tejados de azúcar entre los abetos de escarchada filigrana nos ofrecerán el encanto infantil de su paisaje silencioso y limpio. La nieve, prometedora de bienes, nos entrega de antemano poesía. Poesía de la castidad recoleta,

de la humildad amable, de la modestia igualitaria. La hermana nieve, tan indulgente como hermosa, toleraría además sin reproche a los cien poetas que, pluma en ristre, se aprestarán a recibirla. Yo mismo, en otros tiempos—pecañillos de adolescencia—, me atreví a requebrarla. Porque era algo así como un amoroso madrigal, que me aprobó luego el profesor de quinto curso. Comenzaba así:

*Abejas de cristal en silencioso vuelo...  
Un responso de abril vaga con ellas.  
¿Será que han florecido los almendros del cielo,  
o se han hecho pedazos las estrellas?*

Ahora, cuando caigan las primeras nieves, no me quedará otro consuelo sino mirar



pues, a los astrólogos con sus vacilantes profecías. El tiempo se nos dió para ir buscando a ciegas, con la fe, nuestra eternidad.

Caerán las primeras nieves... Hay dichos aldeanos que abren y cierran el mes de noviembre con el vaticinio de las nieves. «Por todos los Santos, nieve en los altos». «Por San Andrés, nieve en los pies». Así este «Bendito mes que empieza con los Santos y acaba con San Andrés», recoge del

